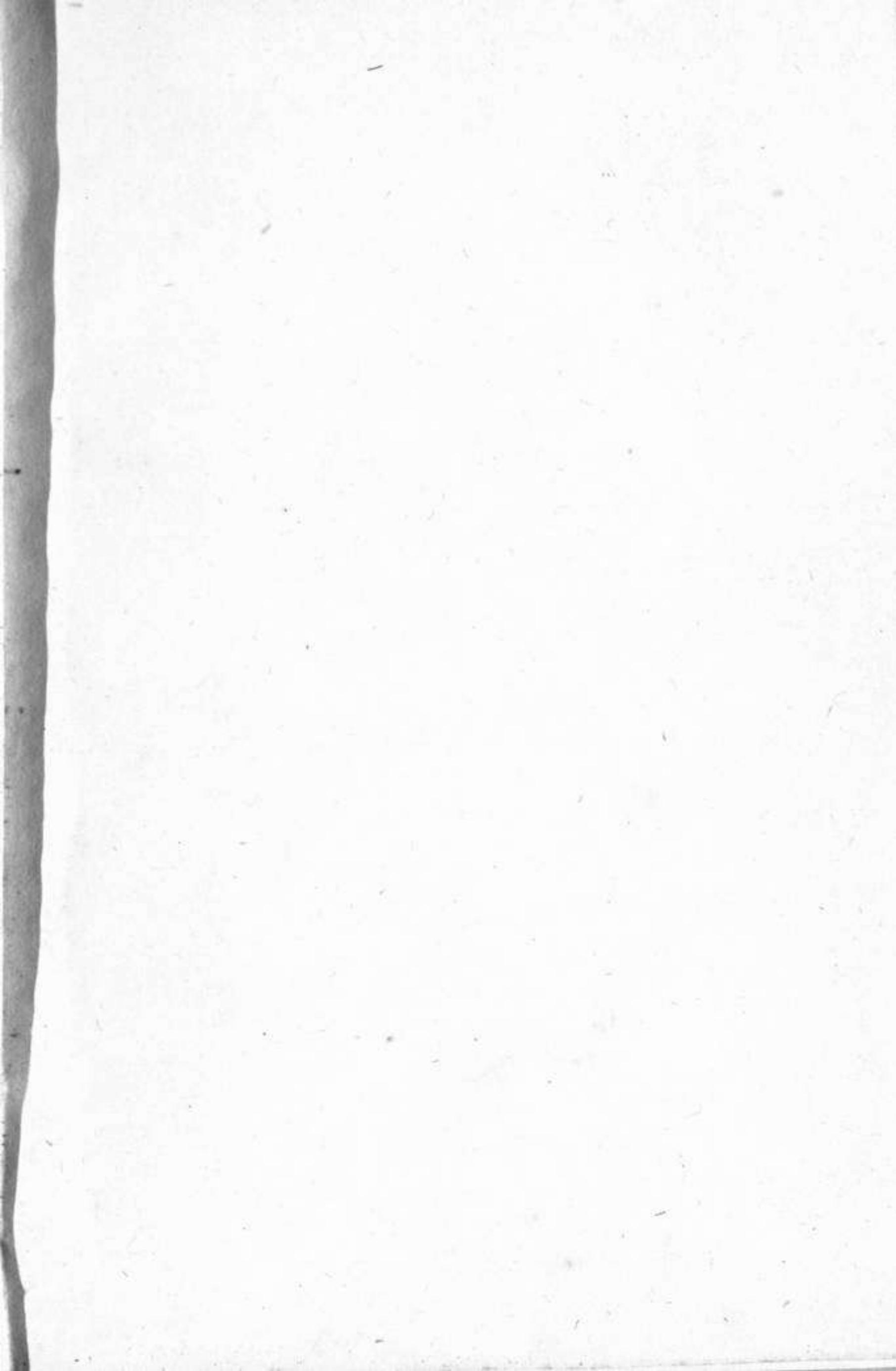


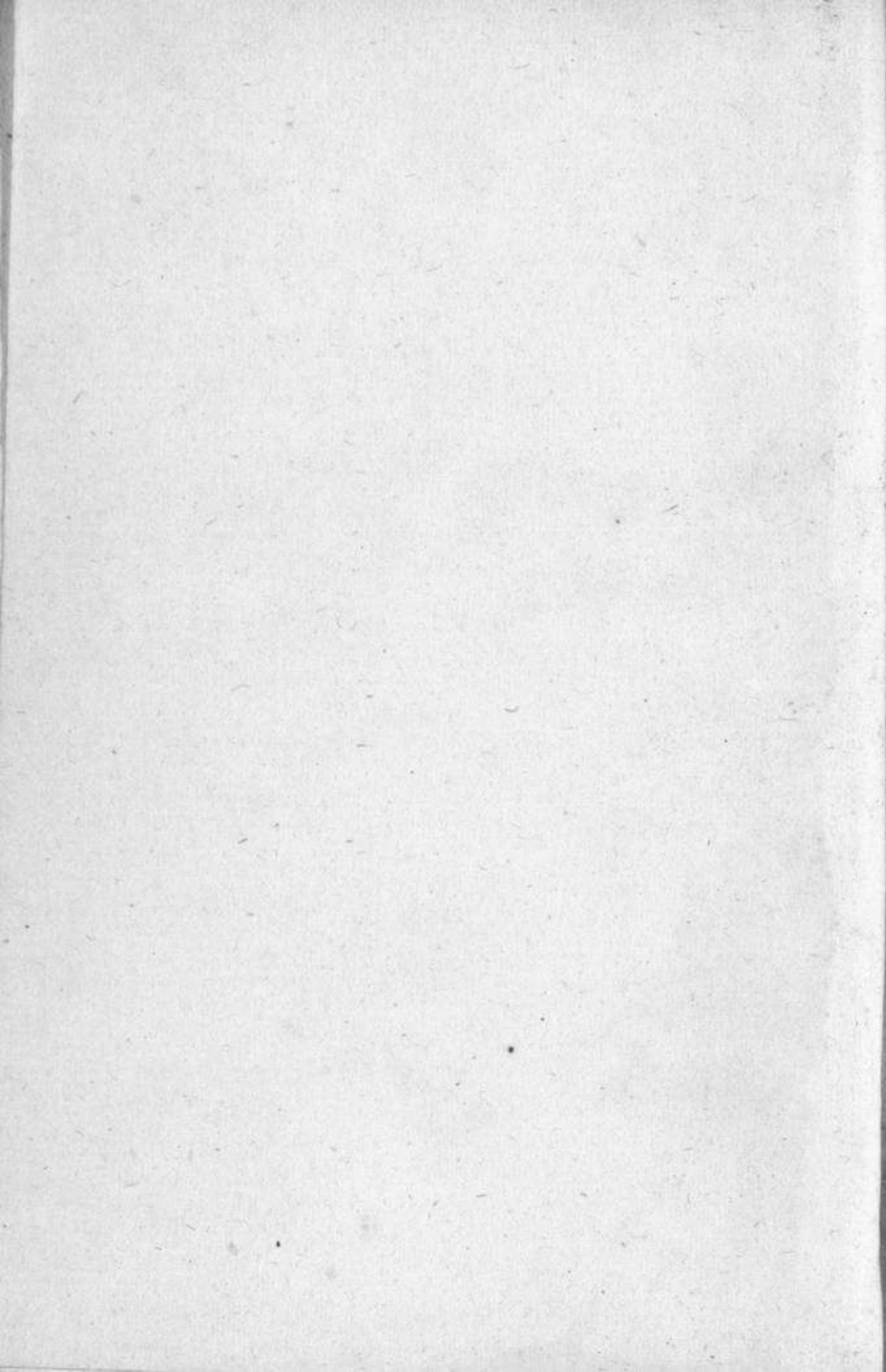






F-139





E.

Extrait des registres :

Le 24 Mars 1878

Le 25 Mars 1878

Le 26 Mars 1878

Le 27 Mars 1878

Le 28 Mars 1878

Le 29 Mars 1878

Le 30 Mars 1878

Le 31 Mars 1878

Le 1er Avril 1878



E.

Contiene este volumen:

1. - El martirio de Santa Eulalia de Mérida. Traducción de J.A.A.
2. - J.F.F. (Juan Francisco Florez) La Olla asturiana.
3. - Logo. J. M^a Gil Blas de Santillana.
4. - Anónimo. Guia civil, militar y eclesiastica de la provincia de Oviedo. - 1878-1879.



1

4

EL MARTIRIO
DE SANTA EULALIA
DE MÉRIDA

segun el poeta español

A. PRUDENCIO CLEMENTE.

Traducida para

EL DIARIO DE ASTURIAS.



OVIEDO.
Imp. de Vallina y Comp.

—
1877.

A-186(253761

R 2253

EL MARIANO

DE SANTA FE DE BOGOTÁ

DE MÉRIDA

Una de las cosas que más se han
distinguido en esta ciudad es el
de la casa de la familia de Santa Fe
de la que se dice que es una de las
no fundadas. Como este tipo de
de la casa del señor de y Santa Fe

EL MARIANO

de Europa, como se ve en el
de la casa de la familia de Santa Fe
de la que se dice que es una de las
no fundadas. Como este tipo de
de la casa del señor de y Santa Fe

AL LECTOR.

Uno de los monumentos históricos más dignos de crédito relativamente al martirio de la insigne vírgen de Mérida Santa Eulalia, es el himno 3.^o del famoso poeta cristiano Prudencio. Como éste vivió en la segunda mitad del siglo IV, y Santa Eulalia padeció muerte por Cristo á principios del mismo siglo, claro está que la proximidad de tiempo dá notable interés á la narracion del célebre togado de Calahorra. Asi es que de ella se han servido todos los historiadores eclesiásticos, y los más antiguos martirologios, para referir casi todos los pormenores interesantes de la muerte de la valerosa Vírgen y Mártir.

Sabido es que los preciosos restos de Santa Eulalia están hace siglos en Astúrias, y que Santa Eulalia es la Patrona de la diócesis, y fué considerada por nuestros mayores como la asídua Patroua ante el Altísimo de este antiguo, noble y católico Principado.

Amantes entusiastas nosotros de las glorias de Asturias, entre las que las religiosas

ocupan el lugar preferente, nos hemos decidido á verter del latin al castellano la instructiva relacion de Prudencio Clemente, como débil muestra de filial afecto á nuestra provincia.

Al emprender este trabajo, escasos han sido los medios de auxilio que pudimos encontrar, para que nuestros pobres esfuerzos se vieran coronados de buen éxito.

Al certámen poético que esta ciudad de Oviedo celebró, en el penúltimo tercio del siglo XVII, en loor y gloria de la Virgen y Mártir de Mérida, se presentaron numerosas composiciones, que por cierto revelan bien el estado de la Literatura en España, en aquel periodo histórico. El secretario del certámen, que lo fué el señor de Olloniego D. F. Bernaldo de Quirós y Benavides, imprimió en Valladolid, en 1667, la relacion de tan memorable contiendá. Ninguno de los vates que aspiraron á los premios ofrecidos tuvo la ocurrencia de traducir el Himno del poeta español del siglo IV. Tambien es verdad, si mal no recordamos, que hubieron de sujetarse al programa circun'dado de antemano; y entre los temas no era natural que figurase una traduccion, por interesante que fuera el original.

Más tarde, en 1787, el Conde de Toreno, Alférez mayor del Principado, compuso con

el título de «Triunfo glorioso de la invicta Mártir Santa Eulalia de Mérida» una Oda, que dió á la estampa en la imprenta de don Francisco Diaz Pedregal. En esta obra hay muchas ideas y noticias tomadas de Prudencio, al cual cita el autor en nota. Pero el prócer asturiano quiso ser hasta cierto punto original, y hay iniciativa propia en el modo de exponer el asunto. La Oda tiene esc&asísimo valor poético; aunque revela notable entusiasmo por las tradiciones venerandas de la Astúrias sagrada, al referir la traslacion de las cenizas de Santa Eulalia desde las regiones del Mediodia á las montañas del Norte.

Algunos críticos han querido dudar si el relato del poeta español se refería á Santa Eulalia de Mérida, ó á la de Barcelona. Pero nada hay que racionalmente autorice para pensar esto último. Que haya muchos puntos de semejanza entre el martirio de ambas Vírgenes, no debe chocar; pues los tiranos del imperio solian agotar los mismos recursos, cuando se hallaban frente á frente á la constancia invencible de los Mártires, máxime si eran del sexo débil. Basta, empero, leer las primeras líneas del Himno de Prudencio y las últimas, en que vuelve á hablarse de la ciudad donde fué sepultada Santa Eulalia, para comprender que se refiere el vate-

historiador á la heroína de la capital Merida, por junto á la cual ciudad corre el Guadiana, como tiene cuidado de advertir.

Nuestra traduccion está confrontada con la glosa y comentario de la edicion de Faustino de Arévalo (Roma, 1798 y 99, in 4.^o); y hemos tenido la satisfaccion de haber interpretado en general con exactitud el pensamiento de Prudencio, segun la mente de los doctos humanistas, que en algunos pasajes dudosos manifiestan su opinion.

Debemos, sin embargo, decir con sinceridad: que si este pequeño trabajo tiene algun valor, todo será debido al poeta cristiano, cuyo entusiasmo hácia los Mártires de Jesu-Cristo supo inspirarle hermosas páginas, aún hoy leidas con gusto. Los muchos defectos, que no dudamos podrán notarse en la traduccion, hijos serán de nuestra insuficiencia y poco cuidado; por más que hayamos procurado esmerarnos, al emprender la curiosa tarea de verter al castellano ese himno histórico-poético, que tanto ensalza y hace simpática á la distinguida Patrona de la diócesis ovetense.

Diciembre de 1877.

Justo Alvarez Amandi.

HIMNO
del poeta Aurelio Prudencio Clemente

Á SANTA EULALIA, VIRGEN.

Es el tercero de «Peristephanon,»
ó libro de
«Las Coronas.» (1)

EULALIA, ilustre y noble por su cuna,
Aunque, más noble que por la prosapia,
Por la clase de muerte que ha sufrido,
Es la virgen sagrada,
Ornamento magnífico de Mérida;
De Mérida, á quien ama,
Donde vió la primera luz del mundo
Donde sus huesos en la paz descansan.

El lugar, que produjo tan insigne
Gloria, cercano al Occidente se halla:
Poderoso en el orbe, pueblo rico;
Empero al que la sangre derramada
En martirio cruento.
Y el virginal sepúlcro más exaltan.

Tres veces y otras nueve
Del invierno al umbral ella llegara,
Cuando, en presencia de la vasta hoguera
Por fuego crepitante alimentada,

Maravilló animosa á los verdugos,
Que, atónitos, temblando le escuchaban
Confesar que el suplicio
Le era dulcísimo y la muerte grata.

Ya, ántes de esto, señales vivas diera
De dirigirse con afecto y alma
Al solio excelso de Jesús, su padre; (2)
De no estar dedicada
Su carne virginal, sus puros miembros,
Al tálamo nupcial. Y despreciaba
Los adornos de niña y atavíos,
No sabiendo jugar, cuando era párvula.

No daba aprecio alguno
Al brazaletе cristalino de ámbar:
Si corona ponian en su frente,
El precio de las rosas eran lágrimas;
Y, si hermoso coral quizá le ofrecen,
El collar purpurino rechazara.
De faz serena, caminar modesto,
Y complexion sobrado delicada,
De los ancianos con el grave aplomo
Discurre en medio de su edad temprana.

Mas cuando á modo de tormenta horrible,
Persecucion furiosa se levanta
Contra los siervos del Señor bendito, (3)
Y á los cristianos fieles se les manda
Quemar incienso impuro

De los dioses mortales sobre el ara,
Y ofrecerles tambien en sacrificio
Del pingüe toro palpitante entraña...

Se exaltó vivamente
El religioso espíritu de Eulalia;
Y su esforzado corazón se apresta
A tumultuosas pelear batallas:
Y el indomable pecho de esta niña,
Que á Dios camina, del deseo en alas,
Luchas provoca, propias de varones
Al estruendo avezados de las armas.

El cuidado solícito de un padre
Oculta, empero, retirada en casa,
A la animosa vírgen, quien muy lejos
Se encuentra ya de la ciudad poblada:
No sea que la intrépida doncella,
De la muerte por Cristo con el ansia,
Se decida á buscar en el martirio
El mérito sangriento de la palma.

Ella, á quien pareciera aborrecible
El consentir, mediante vil tardanza,
Esta tregua preciosa, que á su padre
Del campo la quietud proporcionaba,
A solas, sin testigo, por la noche
A las puertas se llega de su estancia,
Y, del espeso muro
Rotos ya los cerrojos, huyes salva-

Desde allí por lugares sin camino
A la ventura marcha.

Entrase, con los piés despedazados,
Por terrenos do crece espina y zarza;
Pero en aquellos sitios tan incultos
De arcángeles un coro la acompaña:
Y, aunque la horrible noche esté en silencio,
Le servirá una luz de guía clara

Así, en la antigua edad de nuestros padres,
Tuvo la raza de Israel magnánima
La columna de fuego esplendorosa
Que las negras tinieblas auyentara,
Marcando allá entre las nocturnas sombras
Senda segura con su lumbre grata,
Que del confuso Caos
Disipa las medrosas nieblas vagas.

No de otro modo la piadosa Virgen,
Que en medio de la noche caminaba,
Junto á sí vió la claridad del día
Sin que hórridas tinieblas la cercaran,
Cuando huía del reino de la tierra,
Y buscaba con ánsia
Mas allá del imperio de los astros
Un camino que lleve á su morada—

Apresurando el paso vigilante,
Mucho camino recorriera Eulalia,

Antes que iluminase el horizonte
Con bienhadada luz la aurora clara.
Y al tribnnal, apenas amanece, (4)
Ya se dirige decidida, impávida;
Y, en medio de las fasces y lictores,
Con firme voz exclama:

«Os ruego respondais: ¿qué significa
Ese furioso empeño, que á las almas
De perdicion en el tremendo abismo
Anhela ver al fin, precipitadas;
Y á corazones, de su ruina pródigos,
Al escollo de eterno mal arrastra?
Negar á Dios, omnipotente Padre,
No es el colmo, decidme, de la insania?»

A las gentes de Cristo adoradoras
Buscáis vosotros, infeliz canalla.
Pues aquí me teneis: soy enemiga
De diabólicos ritos: soy cristiana—
Y vuestros vanos ídolos
Con menosprecio pisarán mis plantas—
A Dios, señor del mundo,
Confieso con la boca y con el alma.

Isis, Apolo, Vénus; todos éstos.
Y el mismo Maximiano ¿qué son? nada. (5)
Aquellos, porque son sólo figuras
Hechas por mano humana:
Éste, porque á las frívolas hechuras

De las manos adora y las ensalza,
Nada son ambas cosas;
Una y otra son fútiles y vanas.

Maximiano, que es dueño de riquezas,
Y á las piedras, no obstante, sirve y ama,
Prostituya y ofrezca su persona
A sus nùmenes: sea. Mas ¿qué alcanza
Con affligir, injusto,
Y molestar á generosas almas?

Caudillo bueno siendo, y juez augusto
Es la sangre inocente derramada
Su alimento; y, ansioso deseando
Poseer cuerpos puros, despedaza
Sin miramiento alguno
De víctima inculpable las entrañas;
Y se goza, con torpe complacencia,
En tormentos causar á la fé santa.

Ea, verdugo, pronto, quema, corta:
Estos miembros, que lodo son, desata:
Disolver una cosa frágil, débil,
Será tarea de trabajo escasa.
Penetrar en lo interno es imposible:
Aunque el dolor consuma, queda el alma»

Sobrescitada del Pretor la furia,
Al escuchar, pasmado, estas palabras,
Al licitor dirigiéndose, le dice:

«De mi presencia pronto la arrebatá:
Atórméntala presto con suplicios;
Siénta en sí que hay los Dioses de la pátria,
Y que del Príncipe el sagrado imperio
No es una sombra, ni mentira vana.
Mas ¡cuánto yo quisiera, sin embargo,
Antes de presenciá tu muerte, Eulalia,
Si es hacedero, torva jovencita,
Vencer tu oposicion desatentada!
Mira cuánto gozar desaprovechas,
Cuánto solemne honor se te arrebatá.

En seguimiento tuyo,
Viene, sumida en lágrimas, tu casa;
Y tu noble familia gime ansiosa,
Porque pereces en la edad temprana,
Flor tierna de la vida,
A quien tálamo y dote cerca aguardan.

Del lecho conyugal ¿no te fascinan
El regio ornato, ni las telas aúreas?
¿No te mueve de tus ancianos padres
La compasion piadosa, veneranda,
Y el pensar que su muerte precipitas
Con tu loca conducta temeraria?
Hé aquí que de la muerte irreparable
Los instrumentos pronto por tí aguardan.

O herirá tu cabeza agudo hierro,
O las hambrientas fieras, despiadadas,

Destrozarán tus miembros doloridos,
O, de las teas á la humeante llama,
Ante los tristes gritos de los tuyos,
Disolveráste en polvo vil tornada.

Escucha ahora: ¿qué trabajo cuesta
Esos tormentos evitar, que espantan?
Si, dócil, con tus dedos diminutos
Un poquito de sal, no más tocaras,
O exiguos granos de aromoso incienso,
La gravísima pena, que amenaza
Tu preciosa existencia,
De ti vieras al punto ya lejana.»

La mártir, entre tanto, silenciosa,
No quiso responder á estas palabras;
Sino que, respirando estremecida
E indignada, saliva al rostro lanza
Del astuto tirano; y en seguida
De los dioses derriba las estatuas,
Y la torta, que está sobre el turíbulo,
La arroja al suelo con su firme planta.

Sin tardar un instante, dos verdugos
Sus tiernos pechos, torpes despedazan,
Y el acerado garfio de ambos lados
El virginal costado lo desgarran,
Penetrando hasta el hueso; y entre tanto
Les golpes que la hieren cuenta Eulalia.

«Hé aquí, Señor, que para mi es escrita

Esta leccion por vos. ¡Cuánto me agrada
Leer ¡oh Cristo! aquestos caracteres,
Que trofeos de tu Pasion señalan;
Y observar que tu nombre sacrosanto
Mi roja sangre á su manera ensalza!»

Sin llantos ni gemido, alegre, intrépida,
Tales razonamientos platicaba.
El dolor insufrible
Lejano de su espíritu se halla;
Y en nueva sangre tintos son sus miembros,
Que humeante brota y que su cútis lava.

El último suplicio desde entonces
A pasos gigantescos se acercaba;
Y no fué el aflígir la con heridas
Que le infiriesen flagelantes varas,
Ni fué que destruyesen los ministros
Su piel con la violencia de las llamas:
Sino que de las teas encendidas
El humo y el calor por do quier vagan,
Y á los costados y hasta el vientre y pecho
Llegan, por fin, con furia desusada.

De sus cabellos la olorosa trenza
Cae flexible sobre la garganta,
Y, volando en seguida por los hombros,
Halló el recato de la vírgen casta
Un velo en su cabeza, que la cubre,
Y su inocencia sin desdoro guarda.»

Hasta el semblante mismo de la mártir
Llega, por fin, la crepitante llama,
Que, en volviendo continuo la cabeza,
Ya por la cabellera alimentada,
Superó el mismo vértice. Y entonces
La vírgen que con ánsia
Un fin presto á la vida apetecía,
Al respirar la hoguera, fué asfixiada.

Al punto se dejó allí de repente,
Más que la nieve, ver, hermosa y blanca,
Una paloma, que, al volar parece
De la mártir la boca abandonaba,
Y á la region inmensa de los astros
Se dirigía presurosa, rauda.
Era aquel el espíritu inocente,
El alma pura y cándida de Eulalia.

El cuello se doblega sobre el tronco,
Del cuerpo estando ya lejos el ánima;
Y la hoguera encendida,
Extinguido su fuego al fin, se apaga
A los miembros exánimes, inertes,
La paz, despues de la tormenta, es dada.
Triunfante el alma se remonta al éter,
Y, en las regiones altas,
Se dirige veloz y presurosa
De la inmortalidad allá á la estancia.

El satélite **mismo** allí presente

Tambien ha visto la paloma blanca,
Que, ante el público atónito de asombro,
De la mártir la boca abandonara.
Estupefacto, presa del asombro,
Se alejó, huyendo de su propia infamia;
Y el lictor temeroso, amedrentado,
Un momento allí más tampoco aguarda.

Y he aquí que, el frio invierno,
Ampos sin cuento de las nubes manda,
Que, cubriendo el extenso anfiteatro,
Cubren los miembros, á la vez, de Eulalia,
Que yacian al pié del yerto poste,
Y les sirven de fúnebre mortaja.

Cese el dolor de aquellos,
Que suelen acoger siempre con lágrimas
De la vida del hombre
Los instantes supremos y desgracias.
Den tregua á la ternura de su afecto.
De Dios cumplida la órden soberana,
Oh Virgen!, ya los mismos elementos
Te prestaron exequias funerarias.

Hoy el lugar de su sepulcro es Mérida (6)
Colonia de los Vétones preclara,
Por la que corre caudaloso el rio
Memorable Guadiana,
El de verdes orillas,
Que veloz sus hermosos muros baña.

Aquí, donde los mármoles vistosos
Dan brillo á la basílica sagrada,
Conserva cuidadosa
En su seno la tierra veneranda,
Para el hispano y para el peregrino,
Estas reliquias y cenizas santas.

Resplandecen las bóvedas, lucientes
Con el destello de techumbres aureas,
Y simétricos jaspes en el suelo
Ostentan formas varias,
Hasta creer que los floridos campos
Allí matices diferentes cambian.

Cojed violetas purpurinas presto,
Y rojas amapolas arrancadlas;
Que el invierno festivo las produce,
Y el hielo frio de los campos marcha,
Para que vuestros canastillos llenos
Ya contempleis de flores perfumadas.

Esta ofrenda, con hojas muy vistosas
Le lleve el niño y la doncella casta;
Que á vuestro coro yo uniré las mias
Con dactílicos versos enlazándolas:
Flores pobres, marchitas;
Pero festivas mucho y entusiastas.

Así son venerados por sus hijos

Los huesos de esta MÁRTIR esforzada
Y el altar que delante de sus restos,
Por la piedad edificado se alza. (7)
Ella, cerca del trono del Excelso,
De mirar á sus pueblos no se cansa,
Escuchando benigna
Del lábio del creyente la plegaria.



NOTAS.

(1) Aurelio Prudencio Clemente nació en Calahorra, ciudad de la España Tarraconense, el año 348 de J. C., siendo cónsules: en Oriente Flavio Filipo, y en Occidente Flavio Salia. Es autor que figura en la literatura latina como el primer poeta lírico cristiano. El Sr. Amador de los Ríos en su «Historia crítica de la Literatura Española» (tomo 1.º, pág. 228 y siguientes) da al vate riojano toda la importancia que se merece, como cantor entusiasta de la fé y panegirista del valor de los mártires. El erudito y concienzudo D. Vicente Lafuente resume su juicio sobre Prudencio diciendo que sabe reunir la belleza del poeta con la energía del filósofo (Historia eclesiástica de España. Tomo 1.º Párrafo 25.)

La produccion que de él citamos la tituló

Peristephanon: voz griega, que en latín se traduce *De Coronis*; y comprende catorce «himnos,» en que relata, con hermoso colorido generalmente, el martirio ó fin cruento de los valerosos atletas que, despreciando por Cristo toda clase de tormentos, merecieron al fin la palma del triunfo, la corona inmarcesible del vencedor. El himno III es el destinado á dar cuenta del suplicio de la virgen de Mérida Santa Eulalia. En otros se ocupa de los innumerables mártires de Zaragoza, de los Santos Emeterio y Celedonio de Calahorra, etc.

No conocemos traducción alguna de este himno de Prudencio. Don Felipe Bernaldo de Quirós, en su «Historia de la vida y Martirio de la gloriosa Virgen Santa Eulalia de Mérida» (Madrid, 1672) cita una de Francisco Antonio Suarez de Castro, calificándola de *numerosa*. Sentimos no haberla podido tener presente.

(2) Nacida Eulalia de padres cristianos, éstos la pusieron bajo el cuidado del piadoso sacerdote Donato, que la educó según el santo temor de Dios. Y conociendo la discreta niña el precio inestimable que á los ojos del Señor tiene el rico tesoro de la virginidad, determinó en su corazón desde sus más tiernos años consagrarse toda al Eterno, y no tener otro esposo que Jesucristo.

(3) Eulalia ardió en deseos de morir por la fé cristiana, en la persecucion terrible de Diocleciano y Maximiano. Este tomó el título de Augusto en 286, y fué asociado por Diocleciano al imperio, repartiéndose entre ambos el mando de las provincias. Poco despues comenzó la persecucion en que padeció martirio la vírgen de Mérida.

(4.) Corría el año 304 de Cristo; gobernaba la España Daciano, y era Calfurniano presidente del Tribunal, ó gobernador superior de Mérida. Ante Calfurniano, pues, se presentó Santa. Eulalia, cuando, abandonando por la noche la casa de campo en que sus padres la tenian como aprisionada, se decidió á hacer pública profesion de fé, y á arrostrar los tormentos y la muerte, en aras del amor divino, que vivo ardia dentro de su corazon.

(5.) El Emperador Maximiano, al cual Eulalia se refiere en su valeroso apóstrofe, estaba asociado como arriba decimos, por Diocleciano, al imperio, y tomó el sobrenombre de *Hercúleo*. Decir de él las palabras que Eulalia profirió ante el Tribunal, se creeria un verdadero atentado de lesa majestad, si ella no explicase el sentido altamente profundo y religioso con que hablaba, al poner en parangon los ídolos y los adoradores de los ídolos con el Dios único,

vivo y verdadero de los cristianos.

(6) Muerta Eulalia en Mérida; en Mérida fué sepultado su cuerpo, cuidadosamente recogido por los fieles, terminado que fué el martirio de la santa. Allí estaba cuarenta y cuatro años mas tarde, ó sea en vida del poeta Aurelio Prudencio. Allí estuvo durante la dominacion de los godos en España.

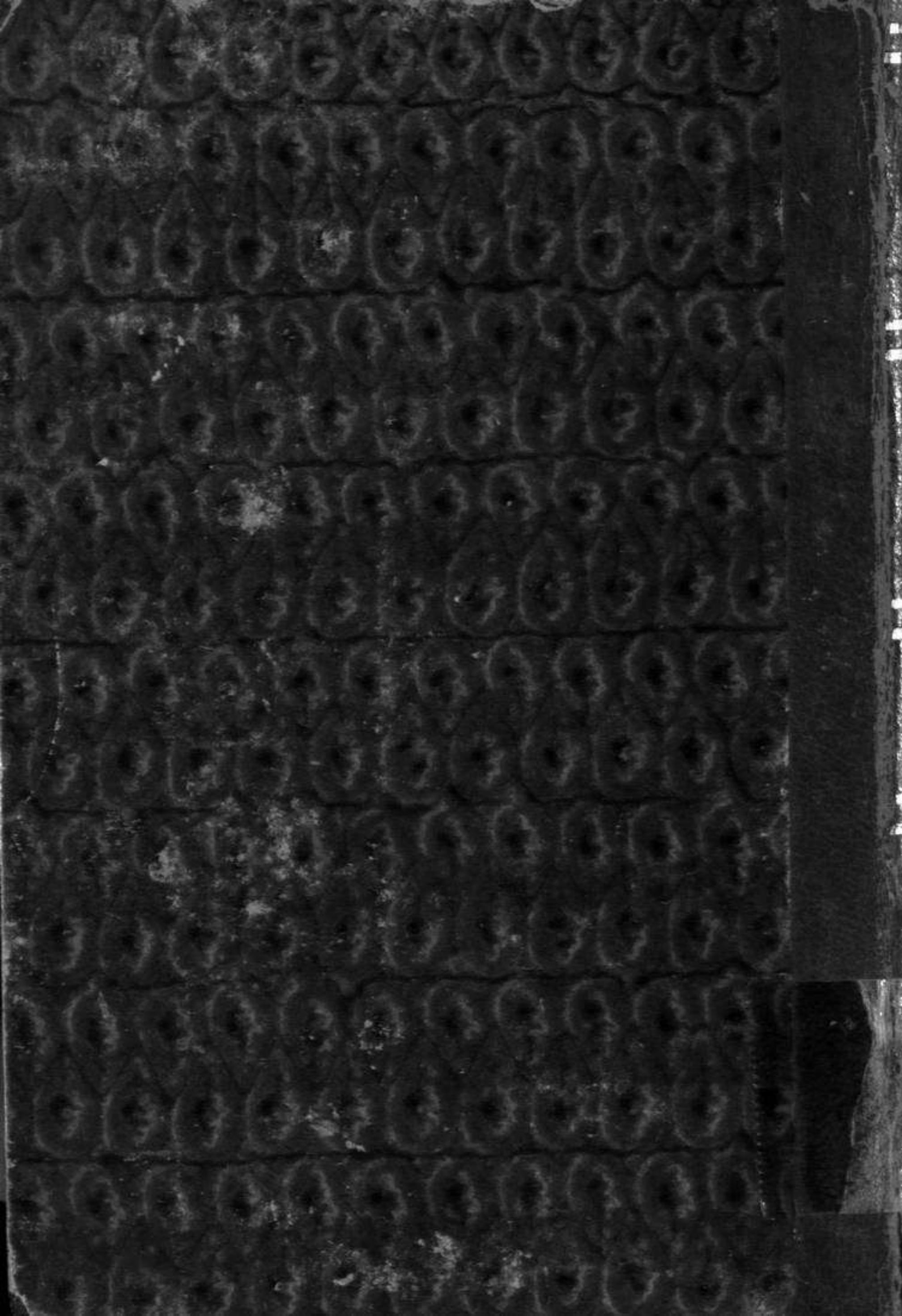
Verificada la invasion de los sarracenos, quiso la Providencia enriquecer con el hermoso don de los restos de aquella ilustre heroína de la fé á esta region montuosa, donde, con D. Pelayo, habia comenzado la empresa religiosa y social de la Reconquista. El rey de Asturias D. Silo, segun testifican antiguas crónicas, hizo una escursion armada hácia Andalucía, llegando hasta Mérida, y allí recogió como trofeo de su victoria las reliquias de Santa Eulalia, guardándolas, á su regreso, en Pravia, en la iglesia de San Juan Apóstol.

Alfonso II el Casto las trajo á su Santa Iglesia Catedral de Oviedo.

Unos tres siglos mas tarde, el famoso prelado ovetense D. Pelayo colocó los restos de Santa Eulalia en una hermosa urna de plata, ante distinguido concurso de personas de ambos sexos, y con alegría del devoto pueblo. Aquella preciosa caja fué re-







BIBLIOGRAFIA

ASTURIANA.

VARIOS

F.-139